

MUSICA RELIGIOSA EN FRANCIA: CANTO Y CANCIONES

Mons. J. CALVET

Nadie ignora el lugar que la música y el canto ocupan en la liturgia y la piedad católicas. La pompa del culto saca de ello la mayor parte de sustancia y el fiel encuentra un medio de ampliar su fervor expresándolo en alta voz. El canto da incluso, en cierta manera, más consistencia a su fe, haciendo que adquiera conciencia de ella por la vehemencia de la afirmación y por las armonías que la prolongan.

Habiendo convertido así la música y el canto en sus medios eficaces de apostolado, no es extraño que los grandes espirituales y los grandes apóstoles hayan tenido cuidado de profundizar y diversificar la técnica y de enseñar la práctica al mayor número posible.

En Francia, en particular, las grandes ceremonias envueltas en la solemnidad del órgano, las misas cantadas a varias voces y sostenidas con un acompañamiento pomposo, las bellas bendiciones, los oficios salmodiados y cantados, han tenido durante mucho tiempo un gran éxito popular. Como es fatal, las modas y la música mundana han penetrado en el santuario y han ocupado un lugar cada vez más inoportuno.

Fué la vigorosa iniciativa de Pío X la que echó del santuario las cantinelas vulgares y las vocalizaciones de teatro y restituyó el canto gregoriano en su pureza y en su dignidad. El canto gregoriano sigue siendo el primero: Solesmes sigue siendo el alto lugar a donde se va a adquirir el tono de la oración cantada, pero la salmodia gregoriana de las vísperas ha perdido terreno desde que ya no hay vísperas, o desde que son cantadas en francés, y los bellos motetes gregorianos de las bendiciones solemnes desaparecen desde que ya no hay, o casi no hay, bendiciones.

Estas circunstancias y el deseo constante de asociar cada vez más a los fieles a la oración cantada han constituido el éxito de la iniciativa del R. P. Gélineau, jesuita. Aunque data apenas de seis o siete años, se ha impuesto con una prodigiosa rapidez. Es una invasión. Es una obsesión.

El P. Gélineau ha partido del hecho de que la oración cristiana, en sus diversas formas de adoración, ofrenda, imploración, arrepentimiento ha encontrado una expresión que se puede decir total, si es que no definitiva, en sus Salmos. Cantados primero por los hebreos, han casi ritmado las etapas de la vida religiosa del pueblo de Dios, antes de pasar a la piedad

cristiana, que encontró una prefiguración perfecta de sus sentimientos, y que los empleó en estado puro en la salmodia de los claustros y más o menos desfigurados en los cantos populares. El Padre Gélineau ha hecho de ello la base de un canto religioso renovado. Ha tomado el texto francés de la **Biblia de Jerusalén** que, por otra parte, había contribuido a traducir, tratando de reproducir la precisión y la poesía del original y de encontrar en lo posible el ritmo hebreo primitivo. Sobre este texto común, al que ha agregado algunas veces su pincelada de artista, ha aportado una música adaptada al pensamiento poético, inspirada en las más antiguas melodías cristianas de Oriente, en la liturgia ambrosiana, en el canto gregoriano, sin excluir totalmente tonos más modernos.

El Padre, de esta manera, ha publicado 140 salmos y cánticos, y por la voz de la coral de los "Pequeños Cantores de Provenza" tres discos que han obtenido el gran premio del disco en 1954. El éxito ha sido tanto mayor cuanto que estos cantos se prestan a los modos más variados de ejecución, mediante un solista que canta algunas estrofas para sostener una meditación, coros que responden a cada una de sus estrofas por una antífona que se convierte en un estribillo o por dos coros mixtos que alternan las estrofas como en la salmodia gregoriana. Sistemáticamente el canto se aproxima lo más posible de la oración hablada y entre las sílabas acentuadas que llevan el pensamiento y el fervor del corazón, el texto se convierte en un recitado todavía más simple y más despojado que el recitado gregoriano. Alguna monotonía es inevitable, pero la confianza tranquilizadora y suave del **Domini** **pascit me**, por ejemplo, o la exaltación saltarina de un **Magnificat**, son de un gran efecto religioso.

Una vez más el éxito es triunfal, quizás demasiado rápido y demasiado triunfal. Bienvenidos para apoyar la piedad durante una misa rezada o durante una larga comunión, estos nuevos cantos parecerían abusivos si separaran el gregoriano, que está como soldado a la liturgia oficial, o esas melodías divinas que son la tradición francesa y la tradición latina. Contenidos en sus límites, los salmos del P. Gélineau representan la más bella iniciativa de nuestro siglo en el terreno del canto religioso.

Han sacudido el sopor del cántico religioso que había gozado de favor cincuenta años y que había caído en el descrédito. Se le reprocha su romanticismo, su sentimentalismo, su retórica y sus tarareos en el texto y en la música. Traducía las costumbres, si es que no la psicología de una época. El cristiano de hoy quiere aportar en su oración cantada, con más familiaridad, los sinsabores de su vida, los ajetreos de su fábrica y de su oficina, su alma de todos los días.

El Padre Duval, otro jesuita, ha llegado hasta el fin en este deseo. Acompañándose con su guitarra, con aires que todo el mundo tararea porque del café-concierto han pasado a las ondas, canta con palabras sencillas y frecuentemente inspiradas, salmos, aspiraciones cristianas. Esto hace una mezcla curiosa en la que pasan fragmentos de recuerdos de piadosas capillas, aires de los bateleros del Volga, estribillos de los "negros espirituales" de Méjico. Primero ha parecido divertido este jesuita que parece querer hacer competencia a los cantantes de cabaret y al que se llama "el Brassens católico", y se ha reído. Se ha asistido para reír y para ver; pero se han sentido arrastrados y han repetido en coro los aires y palabras del guitarrista. Es lo que se llama un acontecimiento muy parisense. Y los que han querido presentarse quizás sólo por snobismo, se han dado cuenta que han cantado la gloria de Dios y que su alma ha salido rejuvenecida.

Si conociéramos nuestra historia sabríamos que el P. Duval, con su guitarra, renueva el gesto del Saint Grignon de Montfort. Este apóstol popular sentía su oído herido por las canciones groseras, picantes, equívocas que oía en todas las plazas. Sintiendo impotente para desterrarlas, resolvió sustituirlas; se apoderó de los aires que eran cantados, y que eran frecuentemente encantadores, y deslizó en sus aires pensamientos cristianos, toda una exposición del catecismo. El resultado fué maravilloso, todo el mundo se puso a cantar los cánticos de Grignon de Montfort y se olvidaron casi por completo las palabras desvergonzadas anteriores para sólo conservar el estribillo ágil como una alondra que lleva la oración hasta el cielo.

El próximo mes de julio se celebrará en París un congreso internacional de música religiosa, que tendrá por tema de sus debates la reciente Encíclica de Su Santidad Pío XII sobre la música de iglesia. Dicha encíclica recoge, después de una experiencia de cincuenta años, el **motu proprio** de Pío X, y marca con nitidez el pensamiento y los reglamentos del magisterio católico sobre la música sagrada, sobre el canto gregoriano, sobre la polifonía tradicional, sobre los cánticos piadosos, sobre el conjunto del arte del sonido y de la voz consagrado a la gloria de Dios en la liturgia o al margen de la liturgia. Francia se felicita y se glorifica de haber sido elegida así por el Santo Padre para ser como el jefe de orquesta de ese reagrupamiento cantante que debe hacer aparecer, en la práctica, que la tradición y la innovación, el orden y la libertad, la regla y la fantasía pueden encontrar un sitio y desplegarse en las arquitecturas ágiles de la sabiduría de la Iglesia.

